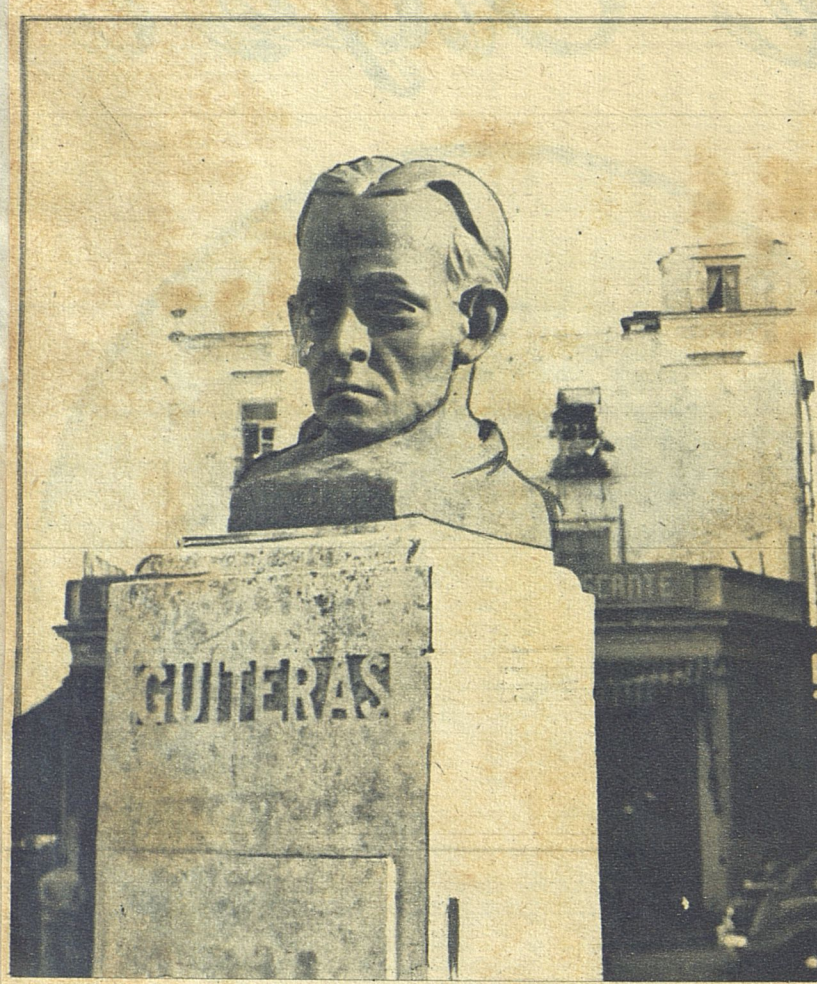


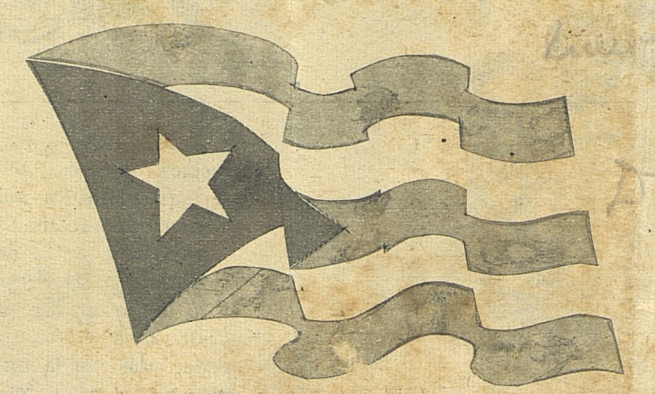
DONDE LA PIEDAD OFENDE A LA BELLEZA



El autor de esta obra es un escultor joven, que por sus dotes y por el trabajo realizado con posterioridad al de este busto o disgusto, permite esperar de él una obra que le lleve algún día a trabajar en otra concepción de Antonio Guiteras. Las descomunales orejas, la exagerada braquicefalia, la falta de relación o ritmo entre el pedestal y la cabeza, hacen de esta obra, vecina inmediata del Ministerio de Estado, uno de los fracasos del novel y esforzado artista, que está llamado a mejores realizaciones. Póble puede hacer cosa mejor que ésta, y la belleza del paseo, la significación histórica del personaje, la constante observación que del busto hacen extranjeros ilustres, aconsejan trasladarlo del lugar donde se encuentra hacia más penumbroso y recatado subterráneo.



A Cirilo Villaverde le han hecho un busto que lo mejor que tiene es la idea. Y con la idea, el emplazamiento. Feliz estuvo el que pensó evocar ahí, en la Loma del Ángel, al autor de «Cecilia Valdés». Pero la felicidad agotóse velozmente, porque el bustico— así hay que llamar a este gracioso tinterito con barbitas—, es de una gracia verdaderamente inesperada. Recortadito, lamidito, pomperito, es la cosa menos habanera que puede concebirse para mantener vivo el recuerdo de aquel gran catador de «lo habanero» que fuera el impecable Cirilo Villaverde.



(NOTAS Y SELECCION DE GASTON BAQUERO)

Dicen que la ciudad de San Cristóbal de La Habana es una ciudad muy bella. Y agregan además que es una de las ciudades más modernas de América. Nadie creería ni lo uno ni lo otro, a juzgar por la triste suerte que le ha tocado correr a nuestra ciudad en materia de monumentos. Desde el punto de vista ornamental, La Habana es una ciudad patética. Dominan los bustos que parecen dispuestos a morder, no obstante que, en ocasiones, quieren representar patriotas, poetas, oradores, pensadores, que, cada uno en su género, fué modelo de inteligencia y de bondad.

No ha tenido la fortuna La Habana con sus monumentos. Algunos de ellos son un reto de cartaginés al buen gusto más epidérmico. No guarda relación alguna la creciente ascensión de La Habana hacia el carácter de gran ciudad, y la increíble montaña de piedras y de bronce que son una ofensa a la belleza. Desde la teratológica muñecona que en la rotonda del Capitolio quiere representar a la República, hasta la serie interminable de pisapapeles que están diseminados por la ciudad y sus barrios, encontramos en un paseo por La Habana todas las especies del mal gusto, de la obra hecha por encargo, de la piedra medida por tarifa, de la reproducción amazotada para entregarla a tiempo, de la inarmonía entre el lugar de emplazamiento y las proporciones de la obra. Acaso este inmenso museo de adefesios que es La Habana en sus bustos y monumentos (salvadas queden las contadísimas excepciones que no necesitan exaltación, porque están resplandeciendo a la vista de todos), ha nacido y existe a consecuencia de la desafección y abandono en que se ha tenido y se tiene entre nosotros a los artistas. La Habana paga en sus paseos y plazuelas el injusto tratamiento que Cuba ha dado tradicionalmente a sus artistas. Señalamos aquí, con carácter de antología que no excluye, sino que incluye doblemente a las ausencias, un grupo de notables localizaciones de aquellas obras de las cuales puede decirse que es allí donde la piedra ofende a la belleza.



Don Rafael Montoro fué un agregado cubano que tenía de helénico en el pensamiento y de helénico en la figura. Sereno, equilibrado, sagaz, Montoro es uno de los nombres titulares de la cultura y de la historia cubanas. Se le quiso honrar, como merecía. Y le hicieron este busto «monumental», que visto de frente, de lado, de espaldas, por dondequiera que se le mire, parece más bien un niño regordete y merino metido a la fuerza en una bañaderita.



José Martí, el alma de la nacionalidad, el Apóstol. Tenía un rostro amable e iluminado por la benevolencia. Hizo una obra gigantesca, llena de espíritu y llena de belleza. Levantó sobre sus hombros luminosos la patria que parecía muerta. Despertó a Cuba con su palabra mágica. Cantó gran poesía. Dejó un inagotable código de moral, de patriotismo, de estética. Y he aquí la indescriptible ridiculez con que la capital de la República le recuerda. Con una espantable cara, que está entre la del tigre y la del caballo, el Apóstol, erguido sobre un pisapapel que compte en todo con un velón de los que antaño llamaban trabuco, da el santo y seña de la ramplonería, de la cursilería, de la orfandad en que vive La Habana en materia de obras de arte.



El monumento al generalísimo Máximo Gómez da mucho que hablar. Fuera de la figura del prócer y de su corcel, el resto del monumento tiene del cirio derretido y del cake en desplome. El caballo en la azotea tiene además una serie de ornamentos y cargamentos que resultan muy graciosos. Destácase, y mucho, el gran angelote fronterizo. Tiene unas alas que pueden servir lo mismo de repuesto a una manta marina, que de cobija al circo Santos y Artigas. Debajo del angelote hay una maternidad, con un niño sobre las piernas, que denuncia su origen: fué concebido por un zumbante de leche condensada. Y dicen que éste es uno de los mejores monumentos de La Habana.



El Malecón es el balcón de La Habana. Caracteriza a la ciudad tanto como pueda hacerlo El Morro. Por el Malecón sabemos que Cuba es una isla, y que La Habana es una ciudad con puerto, ya que el mar, física y espiritualmente, no pasa Habana adentro ni lo siente el habanero. Cuando éste va al Malecón se sienta de espaldas al mar. Ese bellissimo paseo está manchado, en la línea que divide a La Habana del Vedado, en Malecón y 23, por la más «conspicua» y picúa exaltación de lo cursi que haya podido imaginar marmolista alguno. La farola de 23 es un compendio de «modernismo», (al modo como lo entienden los que no lo entienden), y de la arquitectura de cemento que no lo entienden, y de la arquitectura de cemento que no lo entienden. Este cartel de desafío a la inteligencia, a la estética y al urbanismo, es una de las más notables confesiones de la secreta y muy rehuída estatura provinciana de nuestra querida ciudad-capital.



A los pies de Don Tomás, el Honesto, aparece una muñecona que merece el calificativo de «integerrima». Esta foto favorece, porque oculta los estragos que la elefantiasis histriónica académica, ni clásicas, ni modernas, sino puros maniques, que por ser de bronce no sirven para espantapájaros, pero que de este averiado señor tienen la dureza, la falta de gracia, la falsedad integral de la postura. Mas como todo lo que hay en el mundo sirve para algo, ha de reconocerse que esta mujerona tiene un mérito grandísimo: tomándose como punto de partida, hacia la derecha y en línea recta, llegamos, con unos contados pasos, a la contemplación de la portentosa obra de Mariano Benlliure que se encuentra en el jardín de la mansión de Gómez Mena.

Don José de la Luz y Caballero o el Maestro. Dulce, ático, paternal, estoico en tiempos, romántico adelantado en sus horas, Don José de la Luz es una señal en el reino de la inteligencia cubana. Compendia al Siglo XIX, «nuestro siglo plástico y decisivo», como le ha llamado ciertamente el doctor Bustamante y Montoro... Pues bien, a ese maestro, a ese noble y luminoso forjador de ciudadanos, le presentan ahí en su estatua de la Avenida del Puerto, con una cara que oscila entre la hiena, el gato con hambre y el lobo de caperucita. Ni sentado ni en pie, ni pensando ni rugiendo, Don José de la Luz, aparece aludido precisamente en la negación de lo que fué su luminoso espíritu y su diamantina siembra en el alma cubana. Como cosa digna de atención en este brulote de bronce, sólo debe anotarse el tamaño de los zapatos. Desdichada idea de representar se mientado a quien tan bien supo estar de pie, lleno de equilibrio y de mesura.

